



APARTADO 628
C A R A C A S

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 24 - No. 239
NOVIEMBRE 1961

Segundo Diálogo con los Neo-Liberales

LA TERCERA SOLUCION

Cerrábamos nuestro primer diálogo con los neo-liberales recogiendo una interrogación que muchos de ellos formulan con persistencia al dialogar con los defensores de la Doctrina Social Cristiana: "Si ustedes no son capitalistas, ni socialistas, ¿qué son? —No existe una tercera solución".

NO SOMOS CAPITALISTAS

Muchos neoliberales nos quieren alinear en sus filas. Hemos recordado en otra ocasión la conocida frase del profesor W. Ropke en su obra *Civitas Humana*: "Un buen cristiano, es un liberal que se ignora." La Iglesia, nos dicen, admite el derecho de propiedad. La Iglesia no ha condenado el sistema capitalista en sí; ha condenado —y los neoliberales coincidimos en esta condenación— los abusos del capitalismo histórico. Es más: expresamente la Encíclica *Quadragesimo Anno* formula: "Los que condenan el contrato de trabajo como injusto por naturaleza, y dicen que, por esta razón, ha de sustituirse por el contrato de sociedad, hablan un lenguaje insostenible e injurioso gravemente a Nuestro Predecesor (León XIII), cuya Encíclica no sólo admite el salario, sino aun se extiende largamente explicando las normas de justicia que han de regirlo".

La respuesta es obvia. Es evidente que la Iglesia admite el derecho de propiedad, pero subordinado al derecho fundamental y primario de todo hombre en el orden económico: el derecho a la vida. Por lo tanto, reconocemos en la propiedad una doble función: individual y social. Y aquí estriba una radical diferencia con el liberalismo económico y el neoliberalismo, que ignoran la función social de la propiedad y sus gravísimas consecuencias.

Respecto del capitalismo (que supone la separación del capital y el trabajo, relacionados mediante el contrato de trabajo, que normalmente implica el contrato de salario), es evidente que no está condenado en sí por la Iglesia y el texto aludido lo comprueba. Pero se olvida, con buena o mala intención, lo que inmediatamente añade la Encíclica en el capítulo transcrito: "Nos, estimamos, sin embargo, más apropiado a las condiciones presentes de la vida social, templar algún tanto, en la medida de lo posible, el contrato de trabajo con elementos tomados del contrato de sociedad. Ya se ha comenzado a hacer de diversas maneras, con provecho sensible para los trabajadores y para los poseedores del capital. Así, los obreros y empleados han sido llamados a participar de alguna manera en la propiedad de la empresa, en su administración, y en los provechos que reporta". Pío XII, en su Mensaje del 19 de Septiembre de 1944, precisa que: "Donde la empresa continúa mostrándose más felizmente productiva, debe ofrecer la oportunidad de templar el contrato de trabajo con un contrato de sociedad."

NO SOMOS SOCIALISTAS

En dirección totalmente opuesta no faltan neo-liberales que nos tilden de socialistas. Simplemente porque admitimos o toleramos la intervención del Estado en la economía en la medida en que lo exija el Bien Común y nos engloban en el catálogo, para ellos detestable, de los dirigistas.

Que los defensores de la doctrina social cristiana estamos radicalmente curados de socialismo lo demuestra el que paladinamente admitimos el derecho de propiedad, no sólo de los bienes de consumo, sino también de los bienes de producción. Hay algo más definitivo. El socialismo —por evolución o por revolución, según sus formas moderada-socialista o radical-comunista— aspira a la desaparición de la propiedad privada de los bienes de producción en manos del Estado o de la comunidad. El cristianismo señala la solución del problema social en la multiplicación de los pequeños propietarios de la tierra, y en la transformación de los asalariados —por medio de contrato de sociedad— en copropietarios de las empresas industriales y urbanas.

Si admitimos la intervención del Estado en la economía es siempre recalcando la necesidad de respetar y alentar la iniciativa privada y limitando esa intervención a las exigencias del Bien Común. Por eso será mayor o menor según sea esa exigencia. En los Estados modernos es clara e inevitablemente cada día mayor. Y he aquí otra diferencia radical con el liberalismo económico. Para los auténticos economistas liberales, para los capitalistas, el Estado tiene por fin guardar el orden. Su intervención en la economía no se justificaría sino cuando el patrono no pague el salario, o el obrero no rinda todo el trabajo.

HAY UNA TERCERA SOLUCION

Precisa una advertencia preliminar. No afirmamos que la Iglesia ofrezca una economía cristiana o una nueva sociología. Economía y sociología son ciencias, en realidad no hay sociología cristiana y sociología marxista o liberal. Hay aplicaciones marxistas liberales o cristianas de la economía o sociología.

La doctrina cristiana como la doctrina liberal o la doctrina marxista nos ofrecen principios que han de traducirse en aplicaciones prácticas en la economía, en la sociología y aun en la política. Por tanto, se trata de doctrina —de principios filosóficos y morales— que ha de traducirse en soluciones cristianas; por cierto, no siempre iguales en las diversas circunstancias nacionales. Y vamos a demostrar que hay una doctrina social cristiana y una solución económico social cristiana distintas de la liberal y de la marxista. Es decir, un tercer camino: una tercera solución.

TRES FILOSOFIAS DE LA VIDA

Una doctrina social se fundamenta, en primer término, en una filosofía de la vida (Weltanschauung); en una manera concreta de entender el mundo, la vida, y los problemas fundamentales del hombre.

Estudiemos la filosofía de la vida del liberalismo, del socialismo y del cristianismo.

¿Tiene el capitalismo una filosofía de la vida? Creemos sinceramente que es uno de sus aspectos más pobres y endebles. Los economistas liberales y neoliberales apenas coinciden en una base filosófica: la aceptación del libre albedrío, el reconocimiento de que el hombre es el árbitro de sus destinos. ¿Creen en Dios, en el espíritu? ¿Cuáles son sus principios morales? Ellos nos afirman categóricamente que "prescinden de los problemas de ultratumba". Y aun en aspectos vitales y decisivos para la Jurisprudencia, Ludwig Von Mises, el actual ídolo de muchos neoliberales, nos dice despectivamente: "Los estudiosos del derecho político y la filosofía del derecho, disciplinas harto vacuas en verdad, del modo más lastimoso, pierden su tiempo pretendiendo determinar cuáles sean las auténticas, las legítimas funciones del Estado. Partiendo de bases totalmente arbitrarias y suponiéndose amparados por la eterna justicia y los valores absolutos, erígen en supremos jueces de cuanto en este valle de lágrimas acontece. Quisieron presentarnos sus personalísimos juicios de valor como la voz del Todopoderoso y como la esencia misma de las cosas".

"No existe, en realidad, sin embargo, el denominado derecho natural, ni hay tampoco inmutable módulo valorativo humano que permita distinguir y separar lo justo de lo injusto. La naturaleza ignora el bien y el mal. No forma parte del hipotético derecho natural el no matarás..." (La Acción Humana, Tomo II, Páginas 225 - 226).

Ante afirmación tan grave y desoladora ¿puede hablarse de una filosofía de la vida uniforme del capitalismo, del liberalismo económico o del neoliberalismo?

En cambio, el socialismo nos ofrece una concepción concreta del mundo y de la vida. Es el materialismo dialéctico de Carlos Marx, con sus modalidades Leninista y Maoista. Una filosofía igualmente desoladora, y en sus consecuencias, devastadora y cruel.

El cristianismo tiene asimismo una definida filosofía de la vida: el espiritualismo. Una concepción precisa del hombre, rey de la creación por sus facultades espirituales de entendimiento y voluntad, hijo de Dios y destinado a la vida sobrenatural; a pesar de todo, tarado a consecuencias del pecado original. Sabe que en la tierra no podrá lograrse nunca el paraíso. Que todos somos iguales en origen, obligaciones y destino.

Esta triple concepción filosófica delata sin discusión tres caminos diferentes y precisos en el orden ideológico y en sus necesarias consecuencias prácticas.

TRES CONCEPCIONES DEL HOMBRE

Igualmente discordes son las concepciones de las tres doctrinas sobre el origen, dignidad y destino del hombre.

El individualismo liberal trató por una parte de endiosar al hombre, pero negándole o desconociendo su destino sobrenatural. Cuando en la práctica descende a la concepción del obrero, olvidando toda preocupación que no sea el interés y el lucro, lo define instrumento de trabajo, máquina valiosa que trabaja, hace trabajar las otras máquinas y, al agotarse, deja en sustitución nuevas maquinillas que son la prole. Bochornosa concepción que no corrige del todo el neoliberalismo al pronunciarse por un mejor trato del obrero, ya que lo defiende solamente "porque el obrero mejor tratado, produce más y tiene mayor capacidad adquisitiva, es mejor consumidor". Von Mises recae, como todos o casi todos, en esta concepción cuando persiste en afirmar que "el trabajo es una mercancía".

El socialismo, que es movimiento colectivista, desconoce el valor del individuo, concibiéndolo como una piecicita de la gran máquina del Estado. "¿Qué importa que mueran diez millones de rusos, dijo Stalin, o treinta millones de chinos, reafirma Mao Tse Tung, si prospera el partido, si se consolida el Estado, si se impone el Comunismo"?

Para los cristianos, un solo hombre vale más que todos los bienes de la tierra. No es el hombre para la Economía, sino la Economía para el hombre. La dignidad de la persona humana es el pilar básico de la doctrina social cristiana. Y esta es la razón íntima de su indiscutible superioridad y la garantía de su éxito definitivo.

LA PROPIEDAD

Hemos aludido a ella en los párrafos iniciales de este artículo. No concebimos la propiedad con exclusiva finalidad individualista como los liberales; ni como mera función social según quieren los socialistas. El reconocimiento de la función social de la propiedad con todas sus ineludibles consecuencias nos separa del capitalismo liberal.

EL ESTADO Y LA ECONOMIA

Somos absolutamente adversos a la centralización de todos los medios productivos en manos del Estado porque esta solución lleva al capitalismo estatal; es decir, a la dictadura completa de los detentadores del poder: la nueva clase de los estados totalitarios socialistas.

Pero somos igualmente adversos a limitar la intervención del Estado a la funciones policiales de guardar el orden y hacer cumplir los contratos.

El Estado, guardian del Bien Común, es el protector de los débiles. La Encíclica Mater et Magistra reconoce que su intervención, en la complicada economía moderna, se hace cada día más amplia e irrevocable; pero que en todo caso es subsidiaria. Proteger y alentar la iniciativa privada es su primera misión.

Así pudiéramos seguir puntualizando otros aspectos: capital y trabajo; salario; huelga; asociación obrera. En todas ellas la triple solución es evidente. Que en la mayoría de los casos la posición sea intermedia entre el liberalismo y el socialismo, no descarta su originalidad y sus límites precisos. En las discusiones, la verdad rara vez está en los extremos. No tenemos la culpa de estar en el centro, porque somos la verdad.

Y la verdad, más o menos tarde, se impone. Hace cuarenta y tres años, al terminar la primera guerra mundial, muchas naciones liberales se transformaron en socialistas. Al terminar la segunda guerra mundial, conocieron un movimiento social cristiano, que avanza arrollador hasta escalar por días el comando de las naciones más prósperas de Europa y América.

Equidistantes de los extremos, lleva el sello de la verdad. Es la tercera solución. Ante el fracaso del liberalismo y el socialismo, inexorablemente, es suyo el porvenir.

M. A. E.